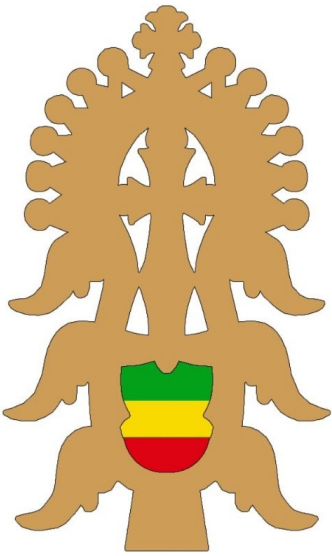




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The First Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

Heb. 13:7 – 17; James 4: 6-end; Acts 25: 13 -end

Psalms 2:11;

John 3:10-25

The Anaphora of Our Lord

«Servid al SEÑOR con temor y regocijaos con temblor» (Salmo 2,11)

El santo Salmista nos introduce en un misterio que se halla en el corazón mismo de la fe ortodoxa: un temor que no aplasta la alegría y una alegría que no anula la reverencia. «Servid al SEÑOR con temor y regocijaos con temblor» no es una contradicción, sino una armonía divina. En la herencia teológica de la Iglesia Ortodoxa Etiope, formada por las Sagradas Escrituras, los Padres y el culto vivo de la Iglesia, el temor de Dios no se entiende como terror ante un poder arbitrario, sino como un amor lleno de asombro y veneración ante el Santo, que es a la vez Juez y Padre, fuego consumidor y Redentor misericordioso.

La primera manifestación del temor en la historia humana se encuentra en el Edén. Cuando Adán oyó la voz del SEÑOR Dios que caminaba en el huerto, confesó: «Tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí» (Génesis 3,10). Este temor no nació de la reverencia, sino de la ruptura. El pecado deformó el corazón humano y el temor se convirtió en alienación, ocultamiento y vergüenza. El libro de los Proverbios da testimonio de este temor caído cuando nos recuerda que «el impío huye sin que nadie lo persiga» (Proverbios 28,1). Tal temor es el fruto amargo de la desobediencia, el testimonio interior de que la comunión con Dios ha sido herida.

Sin embargo, el Evangelio proclama una sanación decisiva. Los cristianos no vivimos bajo el mismo temor que se apoderó de Adán y Eva, porque no hemos recibido «el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino... el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre» (Romanos 8,15). San Juan declara con claridad apostólica: «En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor» (1 Juan 4,18). El terror de un juicio sin misericordia no es la herencia de quienes están en Cristo. Hemos sido liberados, redimidos y restaurados a una intimidad filial. Y, sin embargo, de modo paradójico, las Escrituras no abolieron el temor: lo transfiguraron.

Aquí se halla la distinción esencial. El temor que nace del pecado no es el temor que la Escritura recomienda. El temor del SEÑOR está arraigado en el amor, la humildad y la obediencia reverente. «El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría; los necios desprecian la sabiduría y la instrucción» (Proverbios 1,7), y nuevamente: «El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9,10). Este temor no aparta al justo de Dios, sino que lo acerca, como exclama David: «Alegraos en el SEÑOR, oh justos; a los rectos es hermosa la alabanza» (Salmo 33,1). Así, el temor y la alegría no son adversarios, sino compañeros en el camino de la santidad.

¿Por qué, entonces, el temor del SEÑOR es el principio del conocimiento? Porque el verdadero conocimiento de Dios exige entrega. Quien teme al SEÑOR no le niega nada. Abraham se erige como el testigo supremo. Cuando extendió su mano en el monte Moriah, el Ángel del SEÑOR declaró: «Ahora sé que temes a Dios, pues no me rehusaste tu hijo, tu único» (Génesis 22,12). El temor de Abraham no fue espanto, sino confianza total, y se convirtió en gracia, bendición y

alianza para las generaciones. De igual modo, Jacob confesó que, sin «el temor de Isaac», habría sido despedido con las manos vacías (Génesis 31,42). El temor de Dios lo preservó, lo defendió y lo sostuvo.

La Sagrada Escritura testimonia además que quienes temen al SEÑOR jamás son abandonados: «El ángel del SEÑOR acampa alrededor de los que le temen, y los libra» (Salmo 34,7). El SEÑOR mismo habla, crea y gobierna todas las cosas con soberana majestad (Salmo 33,9.11.14), y sin embargo se acerca a quienes temen su Nombre. Salomón, heredero de la sabiduría de David, exhorta a los fieles a temer al SEÑOR y a aborrecer el mal (Proverbios 8,13), mientras que el Nuevo Testamento confirma esta misma verdad en la vida de Cornelio, el centurión romano, «varón piadoso y temeroso de Dios con toda su casa... cuyas oraciones fueron oídas» (Hechos 10,2). El temor de Dios abre el cielo, santifica la oración e invita la visitación divina.

Amados en Cristo, este temor santo también nos libera de todo otro temor. Los Apóstoles, de pie ante autoridades hostiles, declararon: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5,29). Félix tembló al ser confrontado con la justicia y el juicio venidero (Hechos 24,25), pero su temor no lo condujo al arrepentimiento, sino a la postergación. La Escritura advierte solemnemente de una terrible expectación de juicio para quienes persisten deliberadamente en el pecado (Hebreos 10,26–27), y el Apocalipsis habla de los cobardes y los incrédulos separados de la vida de Dios (Apocalipsis 21,8). Tal temor pertenece a quienes rechazan la gracia. Para nosotros, en cambio, el temor ha sido transformado, porque Cristo nos ha hecho hijos. Por eso lo amamos y, amándolo, tememos entristecerlo.

San Pablo expresa esta tensión sagrada cuando exhorta a los fieles: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2,12). No se trata de ansiedad, sino de vigilancia; no de desesperación, sino de devoción. San Pedro ordena de igual modo: «Conducíos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación» (1 Pedro 1,17), recordando que Dios juzga sin acepción de personas. En el mismo espíritu, la Epístola a los Hebreos nos llama a recordar a quienes nos gobiernan, a obedecer y a someternos con humildad, pues velan por nuestras almas como quienes han de dar cuenta (Hebreos 13,7–17). Tal obediencia reverente es en sí misma una expresión del temor de Dios, que custodia la unidad y la santidad de la Iglesia.

San Santiago nos enseña además: «Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes... Humillaos delante del Señor, y Él os exaltará» (Santiago 4,6–10). El temor santo y la humildad son inseparables. El orgullo extingue el temor; la humildad lo preserva. Incluso San Pablo, al comparecer ante el rey Agripa, habló con una reverencia sin miedo, dando testimonio de la verdad de Cristo con claridad y mesura, dejando el juicio en manos de Dios (Hechos 25,13–27). Su valentía no brotaba de la arrogancia, sino de una conciencia formada por el temor del SEÑOR.

Por ello oramos con el Salmista para que el SEÑOR nos salve de nuestros pecados (Salmo 18,13), sabiendo que la salvación misma incluye el don del santo temor. Por medio del profeta Jeremías, Dios promete: «Pondré mi temor en su corazón, para que no se aparten de mí» (Jeremías 32,40). Este es un temor de alianza: plantado por la gracia, sostenido por el amor y perfeccionado en la obediencia. Mantiene al creyente en el abrazo de Dios, no por coerción, sino por un deseo transformado.

Temer a Dios, por tanto, es permanecer continuamente ante su presencia con asombro, gratitud y amor. Es regocijarse y, al mismo tiempo, temblar; acercarse y, a la vez, inclinarse. En la fe ortodoxa etíope, este temor se vive cotidianamente en la oración, el ayuno, la liturgia y los sacramentos, allí donde el cielo y la tierra se encuentran y los fieles claman: «Santo, Santo, Santo». Que el SEÑOR nos conceda un temor así: no el temor de escondernos, sino el temor de permanecer; no solo el temor del juicio, sino aquel que florece en sabiduría, obediencia y gozo eterno.